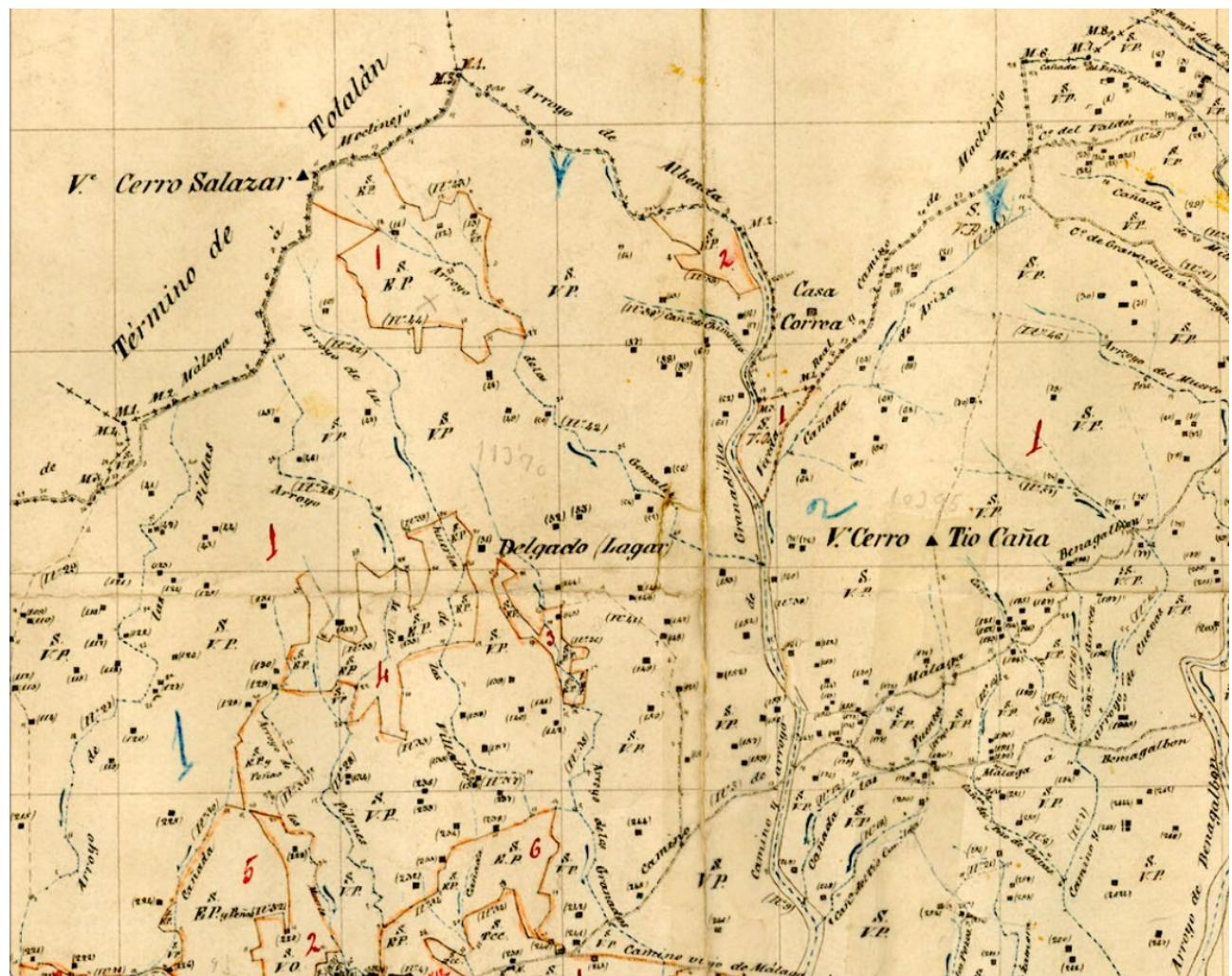


LOS CASERÍOS DE BENAGALBÓN EN 1935

A partir del siglo XVII el comercio de exportación de vinos y pasas de Málaga adquirió una gran importancia económica, y las soleadas lomas de grandes inclinaciones pero reducida altitud que iban descendiendo desde los Montes de Málaga hacia el suave mar de Alborán, acogía numerosas viviendas y lagares y dio lugar a un importante poblamiento diseminado.

La erosionada superficie municipal de Benagalbón, que desciende desde los 512 metros del cerro Salazar y los 320 metros del cerro del Tío Cañas hasta la playa, estaba atravesada en todas direcciones por una tupida red de caminos y veredas que en 1935 favorecía una relación intensa y frecuente entre los habitantes de las cortijadas y alquerías, que se juntaban en las festividades señaladas: *pastorales* y *tontos* de Navidad, carnavales, *júas*, *San Marcos*, *candelás de la Victoria*...; y en frecuentes y variables fiestas de *verdiales*, *ruedas*, *maragatas*... que facilitaban la relación entre familias y los intercambios, así como los contactos, más menos controlados, entre los jóvenes.



Término municipal de Benagalbón en 1874 (sección), con caseríos y caminos. IECA 1989004088

Según el Padrón de 1935 vivían fuera de los tres núcleos urbanos, 2192 personas, casi la mitad de los habitantes del municipio de Benagalbón. Como consecuencia de lo accidentado del terreno había 86 caseríos diseminados por el término municipal en agrupaciones de viviendas de tamaño muy variable, desde los 34 caseríos donde residían solo una o dos familias como Los Puros, la Noreta o Cañaones hasta dos aldeas cercanas a la costa, las únicas que superaban los 100 habitantes, que eran Cortijo Blanco y Torre de Benagalbón, todas ellas caracterizadas por un desarrollo adaptado al terreno y por carecer de trama urbana.

Era una población joven con muchos niños y muy pocos mayores pues solo 116 personas superaban los 65 años. Salvo contadas excepciones, las escuelas y los maestros estaban en los tres pueblos: Benagalbón, La Cala y Rincón lo que explica que en los caseríos más cercanos a ellos sabían leer más personas que en los más distantes, y también había una alfabetización mayor en los caseríos grandes que en los pequeños, con frecuencia a cargo de vecinos capaces de enseñar las cuatro letras: “*...había un hombre..., ese hombre estaba muy preparado para aquellos tiempos, porque sabía leer muy bien, y le gustaba mucho leer, muchísimo. Y entonces leía mucho y... y luego le gustaba contar lo que leía, y de ese hombre aprendí yo muchas cosas porque me contaba muchas historias....*”.

La mayoría de la población (el 83 %) eran nacidos en el propio municipio de Benagalbón, y los inmigrados procedían de la Axarquía y de Málaga capital. Hay un relativo déficit de hombres entre 30 y 34 años que se explica por la importante emigración de trabajadores jóvenes, que se refleja en la heterogénea familia compuesta por una pareja con tres hijos menores de 5 años, en la que los dos niños mayores habían nacido en Bilbao (Vizcaya) mientras el más pequeño y los padres son nacidos en Benagalbón; y en otra familia de seis miembros cuyo hijo mayor, de 9 años, había nacido en Madrid.

En 1935 la unidad familiar más frecuente en los caseríos diseminados por el municipio de Benagalbón la formaban de tres a seis personas, padres e hijos, aunque casi la cuarta parte de las familias incluía otros familiares: abuelos, hermanos, cuñados, nietos, nueras, yernos o sobrinos. Resulta llamativo que en el Padrón consta como “Huérfana” una mujer de 20 años que vivía sola porque era menor de 25 años, que era la edad mínima para ser “Cabeza de Familia” y “Vecino”.

La vida en el campo exigía realizar múltiples tareas diversas, pero el Padrón afina poco y solo recoge diferencias respecto al trabajo por cuenta ajena o propia, de manera que en los Caseríos hay 1 “empleado”, 1 “cobrador”, 2 “agricultores”, 11 “labradores” y 130 “propietarios” que en su mayoría poseían tierra que trabajaba la familia: “*mi padre tuvo que levantar la hipoteca trabajando en su finca y, además, echando jornales*”. En el Padrón los hijos pasan a formar parte de las tres cuartas partes de los hombres encasillados como “jornaleros” sin diferenciar en las múltiples tareas

del campo: “*Mi padre trabajaba en el campo y se dedicó a una piara de cabras y vender la leche en Málaga, con un caballo*”; “*Mi abuelo paterno era guarda rural, de los que iban para la sierra*”; “*Mi padre se dedicaba a hacer cuatro tratos... Vendiendo, compraba y vendía bestias... cosas de esas...*”; “*Después de las vacas pasó a una yunta de mulos, y toda su vida fue eso: un gañán que se dedicaba a labrar la tierra*”.

Excepto en el caso de 21 mujeres que recoge su ocupación como “propietarias”, el Padrón no hace referencia al trabajo femenino distinto al registrado como “Sus Labores” o “S.L.”: “*las personas mayores pues se dedicaban a sus labores, al campo; la madre pues en su casa guisando, cosiendo....*”. La presencia de las mujeres en los trabajos agrícolas parecen relacionarse con las chicas jóvenes: “*Mi madre de soltera trabajaba... si era el tiempo de la aceituna, pues cogía aceituna. Pero mi padre quiso quitarla de ese trabajo. Eso soltera ella, y luego vino aquí ya puso una tienda, tienda y bar*”, pues tras el matrimonio y la llegada de los hijos resultaba difícil combinarlo con las importantísimas tareas domésticas cotidianas para el mantenimiento de la familia: “*Antes las mujeres no trabajaban fuera, era raro, mayormente en el campo, pero mi madre con los tres hijos y la casa que tenía gallinas, que había cabras, que había guarros...*”, que implicaban bastante más aspectos de los que se reconocen como tales actualmente: “*Allí había un horno y nosotros amasábamos y mi madre hacía pan, para la semana, porque no era el pan como ahora. Antes se hacía el pan cada semana*” y se realizaban en condiciones muy duras: “*entre Pizarro y La Loma ha habido siempre un arroyo y nosotros íbamos a lavar, pero allí al final. Había para beber los animales, había como una fuente y luego había como un pilar grande y allí bebían los animales. Pues allí íbamos nosotros a lavar... de La Loma íbamos a lavar allí... y cuándo terminábamos, con unos canastos de ropa.... ¡y no subir por lo llano!, nosotros subíamos los pechos que parecíamos cabras, y llegábamos a La Loma y tendíamos, y a lo mejor no habíamos tenido de terminado de tender cuando se rompía la cuerda. Nosotros, mi madre..., nosotros poníamos una cuerda de... porque íbamos de un árbol a otro... Lo que había antes. Había un algarrobo en la puerta de mi casa y al otro lado había una encina muy grande, que la encina creo que está todavía..., poníamos la cuerda, tendíamos la ropa, y del peso de la ropa... y ahora, vaya usted otra vez al lavadero a enjuagar... o sea, que la vida de antes era muy dura... muy dura...*”.



En 1935 en el caserío Garcés vivía un matrimonio con siete hijos entre 1 y 17 años

REFERENCIAS

- AMAYA RÍOS, A.: "Apuntes sobre la evolución y características funcionales de los lagares de Málaga." *Arqueología y Territorio*, 14, (2017), pp. 175-191.
- BLANCO SEPÚLVEDA, R.; GÓMEZ MORENO, M.L.: "Agua y sociedad rural en los Montes de Málaga: Sistemas hidráulicos en el hábitat disperso del s. XIX", *Baética*, 28, (2006), pp. 259-281;
- BLANCO SEPÚLVEDA, R.: "Población, sociedad y medio en los Montes de Málaga durante la segunda mitad del siglo XIX. Análisis a la escala del hábitat rural disperso", *Baética*, 25, (2003), pp. 81-113.
- GÓMEZ VILLEGRAS, I; GARCÍA ESPAÑA, F.: "Cambios socio demográficos durante la guerra civil española en el municipio de Benagalbón (Málaga). Un análisis de fuentes primarias" *Baetica* 40, (2020), pp. 259-301.
- MANDLY ROBLES, A.: "Verdiales: la raíz y el ritmo." *Música oral del Sur*, 1, (1995), pp. 128-161.
- VOCES DE OTROS TIEMPOS: Entrevistas semidirigidas a 16 vecinos (nacidos 1932-1944)